

SEÑORA ESPERANZA NAVARRO PANTAC
Comentarista

Rodolfo Terragno



Diario íntimo de San Martín: Londres, 1824. Una misión secreta.

Buenos Aires, De bolsillo, 212.

640 p.

Frente a la imagen vibrante del carismático Bolívar que viene con el cartel de genialidad, el año 1822 el Protector se nos figura como el combatiente cansado que se retrae frente al colombiano y cede el lugar de la gloria. Nada más ajeno de la realidad, San Martín sigue siendo un caudillo atrevido. En junio del mismo año 1822 concibe un osado proyecto, por demás insólito dentro de la guerra libertadora. El 26 de junio discute con O'Higgins su plan secreto: nada menos que enviar expediciones de Chile y Perú, a atacar a España en la misma Europa: "a arruinar del todo el comercio español". La prudencia de O'Higgins lo disuade de correr riesgos en mares lejanos y ajenos.

Empero, el 20 de setiembre de 1822 el Libertador José de San Martín, después de entrevistarse con Bolívar en Guayaquil el 26 de julio y días subsiguientes, renuncia al mando supremo y sale del Callao en el bergantín "Balcarce". La Independencia del Perú aún no está definida, pues las fuerzas realistas se concentran en la sierra sur y San Martín cede el paso para que Bolívar cierre este capítulo histórico.

Sin embargo, llega el año 1824 y Bolívar aún no ha dado el golpe final al poder español, no está todavía segura la Independencia del Perú y no se puede consolidar, por tanto, la emancipación de la América española. San Martín duda de que Bolívar llegue a concluir la gesta; ha dejado pasar demasiado tiempo. En ese ínterin, el Protector ha viajado a Inglaterra con, al parecer, la pacífica y personal misión

de dar educación a su hija Merceditas en un internado de Londres.

Sin embargo, San Martín no se ha retirado a sus cuarteles de invierno; antes bien, su pensamiento y su vida se enfocan en América: teme que el laborioso y cruento trabajo de libertar los países sudamericanos pueda arruinarse. San Martín no descansa. Como al comienzo de su saga, ha vuelto a Londres a conspirar. Se ve claramente que no le guía el afán de poder, sino el ansia de consolidar la libertad del subcontinente. Bolívar no bajó de inmediato al Perú, y ya las fuerzas realistas montaban en el Alto y Bajo Perú fuerzas que alcanzaban los 19.000 soldados veteranos. La conducta ambigua del colombiano permite los triunfos realistas en Torata y Moquegua. El Ejército realista, al mando de Canterac, entra a Lima sin resistencia el 18 de junio en un contexto en el que el Perú se debate en medio de una guerra civil en la que los caudillos locales se disputan el poder sin decoro ni pudor. San Martín siente que su misión personal es todavía velar por la libertad de la América; está considerando seriamente que, si el Libertador de Colombia sigue en Quito, él volverá al Perú.

"San Martín siente que su misión personal es todavía velar por la libertad de la América; está considerando seriamente que, si el Libertador de Colombia sigue en Quito, él volverá al Perú".

Rodolfo Terragno (Buenos Aires, 1943) es un escritor, historiador, abogado y político argentino que conoce al personaje, al que estudia desde larga data. Descubrió que San Martín, detrás de esa historia familiar de acompañar a su hija, esconde un plan secreto para consolidar la Independencia del Perú y de América del Sur. En Chelmsford (Essex, Inglaterra), el autor encontró cartas inéditas de San Martín y documentos de dos colaboradores suyos, Diego Paroissien y Juan García del Río, que revelan una historia oculta que el libro va a exponer, a la manera de un diario personal que cubre el año 1824, el trabajo político, de filigrana, en Londres para conseguir que Inglaterra reconozca la independencia de los nuevos Estados sudamericanos, "así la reconquista española pasaría a ser, definitivamente, una aventura imposible".

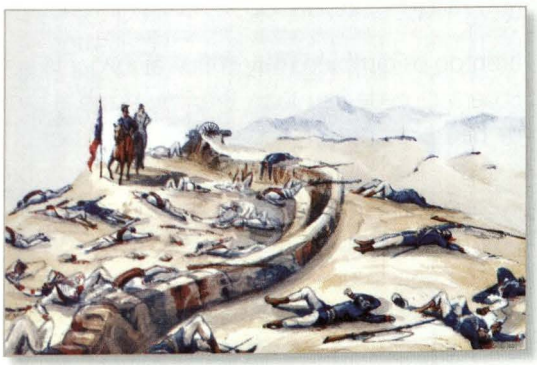
Cuando a fines del año 1824 Jorge IV, rey de Inglaterra, anuncia el reconocimiento de nuevos Estados en Sudamérica, San Martín, en Bruselas, escribe a su amigo Francisco Chilavert: "Ya tiene usted reconocida nuestra independencia por la Inglaterra; la obra es concluida".

Jorge Ortiz Sotelo

Apuntes sobre la Batalla de Miraflores (15 de enero de 1881). 2ª. ed. aum.

Lima, La Casa del Libro Viejo, 2014.

194 p., ilus. (fotos, grabados, retratos)



¿Cómo explicar el desastre de San Juan y Miraflores, cuando la ciudadanía de Lima en su totalidad –jóvenes y ancianos–, y regimientos de voluntarios de todo el Perú, se habían dado cita para defender la capital, sus hogares? Lima y todo el Perú esperaban ese encuentro decisivo, se aferraban esperanzados en las promesas de Piérola que ofrecía la victoria. Bajo sus órdenes se habían construido las extensas barreras que detendrían al enemigo. Pero, ¿qué tan buen militar y estratega era Piérola? Lo que se percibía era que había centralizado en sí mismo el mando de las operaciones de la guerra.

Sobre lo que ocurrió en el campo de batalla de esa fatídica fecha, tenemos los testimonios de Mariano Felipe Paz Soldán, testigo de los acontecimientos; el relato del Comandante inglés William A. Dyke Acland, de la dotación del HMS "Triumph", agregado por orden de su superioridad al Cuartel General del Ejército chileno, al lado del Coronel Lynch, Comandante de la 1ra. División durante las operaciones militares de la ocupación chilena; y la versión del Teniente Carey-Brenton, oficial británico de la dotación del HMS "Triumph", designado, como Acland, agregado al Estado Mayor del Cuartel General del Ejército peruano, en calidad de observador. Todos ellos van a opinar sobre las acciones de armas que se produjeron entre los días que van del 13 al 15 de enero, y todos van a ser duros en su juicio sobre la dirección de la guerra.

En encuentros previos a las batallas de San Juan y Miraflores, ya se había podido percibir que la dirección de la guerra fallaba en el lado de los nacionales. Mariano Felipe Paz Soldán, testigo de los hechos, registra que el desorden del día 10 (de enero de 1881) puso de manifiesto que el Jefe de Estado Mayor General (General

Pedro Silva Gil) "había dado muchas pruebas inequívocas de incapacidad y falta de energía y había caído en completo desprestigio de todo el ejército; sin embargo el Jefe Supremo no dijo una palabra de desaprobación, ni aun de desagrado; y calló todo. En este estado de desorden en que faltaba la unidad de mando, la inteligencia y el carácter para mandar ¿podía esperarse la victoria cincuenta horas después? [...]". Sobre San Juan dice: "Todo fue desorden y desacierto [...] El director de la guerra limitaba su plan a la simple defensa [...] El servicio de espías y exploradores del campo enemigo, casi no se hacía; llegó el descuido al extremo de ignorarse los movimientos del ejército contrario, que se encontraba a menos de diez millas".

Brenton es también muy crítico al juzgar la actuación de Piérola como jefe militar: En la acción de San Juan, Brenton sigue al Dictador hacia las colinas de la derecha de San Juan, que ya han sido tomadas por el enemigo, con los peruanos en total retirada. Aún se mantienen cuatro mil hombres como reserva, pero Piérola no da la orden para que apoyen la derecha. Dice: "[...] la izquierda se hallaba comprometida, mientras que Piérola, sin hacer ningún esfuerzo para auxiliar a la derecha, que estaba siendo gradualmente obligada a retroceder, entró cabalgando en Chorrillos. Tan pronto como él se hubo ido, los hombres [...] se fueron a la retaguardia, hacia Surco, sin disparar un solo tiro".



Paz Soldán rescata que quien opuso mayor resistencia fue el Coronel Miguel Iglesias, ministro de Guerra, quien resistía en el Morro Solar. Iglesias solicita refuerzos a Piérola, pero este responde que todo está perdido. Iglesias se mantiene luchando. Brenton señala que si hubiera sido apoyado por Suárez y Cáceres, probablemente Chorrillos no hubiese sido tomado.

A poco más de las dos de la tarde, la resistencia peruana había concluido, luego de más de nueve horas de tenaz resistencia, en las que sucumben miles de jóvenes peruanos.

El 14 de enero el Alto Mando chileno pretende iniciar "negociaciones de paz". Una delegación del Cuerpo Diplomático se entrevista primero con Piérola y luego con el General Baquedano, con quien se acuerda un armisticio hasta la medianoche. St. John, ministro británico en Lima, acompañado del Cuerpo Diplomático, se reúne con Piérola en la Quinta Schell, en Miraflores, para conferenciar sobre la tregua. Relata Acland que estaba por concluir el almuerzo, cuando se escuchan descargas de fuego de fusilería, seguidas por bombas que estallan sobre la casa. El armisticio acaba de ser violado.

Era el 15 de enero. ¿Qué había acontecido? El General Baquedano, aprovechando el armisticio, avanzó con sus tropas hasta cerca de la quebrada de Armendáriz, y al aproximarse imprudentemente a las líneas peruanas, había provocado disparos de ambos bandos, lo que desencadenó la batalla.

El encuentro pone en evidencia la mayor desigualdad entre las fuerzas contrarias; en consecuencia, la cantidad de las bajas peruanas tuvo que ser impresionante. El Ejército nacional era un conglomerado de hombres improvisados como soldados. Por otro lado, el plan peruano era defensivo por decisión del Alto Mando.

Al final, los batallones peruanos se vieron rodeados por todas partes, sin el apoyo para continuar su avance, teniendo que replegarse en fugaz lucha, cuerpo a cuerpo, sobre los reductos, luchando durante dos largas horas, sin dar ni pedir cuartel. Cerca de las seis de la tarde terminó la batalla, las fuerzas peruanas estaban casi totalmente aniquiladas. La Marina actuó de manera decidida con los batallones "Guarnición de Marina" y "Guardia Chalaca".

Muchas han sido las especulaciones sobre cómo se desarrollaron los hechos, y siempre aparecen teñidas de subjetividad, signadas por la polémica figura de Piérola. Hace algunos años, Jorge Ortiz Sotelo encontró un documento que resulta crucial para conocer desde dentro cómo se dirigió la acción desde el lado peruano. Se trata del parte de las batallas de San Juan y Miraflores, el informe que el General de Brigada Pedro Silva Gil, Jefe del Ejército de línea de esas acciones rindió

al dictador Nicolás de Piérola el 28 de enero de 1881. El documento forma parte del archivo particular del General Manuel Velarde Seoane.

En 1880, el General Silva había sido nombrado por Piérola, Jefe del Estado Mayor General; sin embargo, no pudo aplicar su buen criterio militar, debido a la personalidad del Dictador, quien, además del mando político, había asumido el mando militar.

Señala Ortiz, que el documento proporciona abundante información que no se encuentra en otras fuentes, como en lo referido a los efectivos y ubicación de cada uno de los batallones el día 15 de enero de 1881. El parte confirma la rémora que representó la prolongada y débil línea de defensa, que se hacía difícil de vigilar en toda su extensión. Asimismo, que emprender operaciones ofensivas resultaba poco menos que imposible, pues requerían "la consiguiente autorización, y como consecuencia de las discusiones y acuerdos de consejos de guerra [...], o por órdenes expresas del General en Jefe (Piérola) en el campo de batalla. A todas las desventajas del Ejército de reserva se aunaba la deficiencia de la artillería movible, construida en el país, que la tropa manejaba con recelo, pues había riesgo de que hiciera explosión. Silva no omite la expresión de su decepción personal: "Siempre creí que Su Excelencia tenía algo de mucha importancia reservado para asegurar el triunfo [...]".

El parte aparece en el rico contexto de los capítulos que se refieren a la Guerra del Pacífico, hasta su desenlace final. En apéndices incluye algunas páginas sobre la historia de Miraflores, antes villa, hoy distrito; y sobre los batallones Guarnición de Marina y Guardia Chalaca, su historia y heroica actuación en la batalla de Miraflores; asimismo, la relación de los documentos que constituyen el archivo de Manuel Velarde.